se habia propuesto en Méjico, siendo un obstáculo para que la espedicion, llegando á la capital, hubiese cambiado la faz del país; y que por esto estaba resuelto á que la espedicion, que hasta entónces habia sido puramente española, fuese en adelante europea, y á obrar él independiente de la accion del general Prim.»

Otras contestaciones, de un tono por cierto más subido de lo que la prudencia y el comedimiento aconsejan, mediaron entre los representantes de una y otra potencia; dando por resultado una última conferencia en Orizaba entre los plenipotenciarios, en la que la actitud resuelta de los unos y de los otros hizo ver la absoluta imposibilidad de toda avenencia. El general Prim, aunque guardando las formas corteses y la serenidad de espíritu que en todos sus actos le han distinguido, insistió, apoyado por los ministros de la Gran Bretaña, en que debian abrirse, como se habia prometido, en Orizaba, las negociaciones con los ministros de Juarez, y facilitar la marcha de la espedicion á Méjico sin derramamiento de sangre, para lo cual se esperaba que Juarez accediera, con la única condicion de que fueran reembarcados Almonte y demás reaccionarios á quienes protejia el ejército francés.

A estas proposiciones del conde de Reus, los plenipotenciarios franceses contestaron que cumplirian por su parte los compromisos de honra aceptados en el convenio de la Soledad, retirando sus tropas á Paso-Ancho; pero que de ningun modo negociarian ni un solo dia más con el Gobierno de Juarez, porque tales eran las órdenes del emperador.

Un último esfuerzo quisieron hacer el conde de Reus y sir Carlos Wike para atraer á una solucion pacífica á los plenipotenciarios de Napoleon III, dirijiendo á éstos un despacho que creemos oportuno, y sobre todo conveniente para el esclarecimiento de la verdad de los hechos, copiar á continuacion:

«Los infrascritos representantes de S. M. la reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y de S. M. Católica, tienen la honra de trasmitir á los Excmos. señores plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, copia de una nota que acaban de recibir del general Doblado, en respuesta á la comunicacion colectiva que le dirijieron el 9 de este mes. Los infrascritos no han dudado en aceptar la oferta que les ha hecho el general Doblado en nombre de su Gobierno de venir á Orizaba, á pesar del rompimiento del convenio de Lóndres y de los preliminares de la Soledad, con la esperanza de llegar á una solucion amistosa de las cuestiones que han de arreglarse entre las potencias aliadas y Méjico, visto que el Gobierno está dispuesto á no rechazar ninguna de las pretensiones admisibles de las dichas potencias. Como la nota, é implícitamente la oferta del general Doblado, se dirijen tambien á los plenipotenciarios franceses, á los mismos corresponde decidir la respuesta que les convendrá dar.»

Los plenipotenciarios franceses contestaron á esta invitacion de la siguiente manera:

«Los infrascritos no pueden aceptar el ofrecimiento hecho á los comisarios de las tres altas potencias por el general Doblado. Es muy natural que los representantes de S. M. la reina del Reino-Unido de la Gran Bretaña y S. M. Católica, acojan dichos ofrecimientos, si insisten aún en el convencimiento de que el Gobierno actual de Méjico tiene el poder y voluntad de cumplir sus promesas y llenar sus compromisos; pero los plenipotenciarios de S. M. el emperador de los franceses, están muy léjos de abrigar igual confianza, pues sobre este punto especial no pueden desconocer las miras terminantes de su Gobierno.»

VII.

¿Qué debian hacer en tal caso los representantes de Inglaterra y España? ¿Podian, sin hacer traicion á sus nobles sentimientos y á la justicia de la causa que venian representando en Méjico, adherirse al pensamiento de Napoleon Bonaparte? Ciertamente que esto hubiera sido indigno de la hidalguía de las naciones que representaban, y hubiera sido además una ingratitud sin ejemplo á la conducta generosa y franca del Gobierno de la República. El general Prim, como el ministro de la nacion británica, no debian nunca desmentir con sus actos ulteriores el noble comportamiento de que hasta entónces habian dado repetidas pruebas en el territorio mejicano, y no podian por lo tanto ser instrumentos ciegos de los ambiciosos planes del emperador francés. Es verdad que para esto necesitaban romper el solemne tratado de Lóndres, cuyo acto no sabian de qué manera sería apreciado por sus Gobiernos respectivos: es igualmente cierto que esta medida pudiera traer en lo sucesivo complicaciones de gran trascendencia con la nacion de que se separaban; y es asímismo evidente que los grandes y queridos intereses que tenía España en aquellas comarcas, quedaban á merced de un ejército invasor y de un pueblo generalmente desmoralizado y corrompido; pero todo esto no significaba nada ante los deberes que les dictaban su conciencia y patriotismo, y decidieron con aplauso de la Europa y del mundo entero, retirar sus tropas del país mejicano, y dejar toda la responsabilidad de cuanto en él sucediera á la nacion francesa.

El 18 de Abril regresaron en efecto á Veracruz, procedentes de Orizaba, dos compañías de artillería de á pié escoltando el parque de artillería, y una compañía de ingenieros, que fueron embarcadas inmediatamente para el puerto de la Habana. Al dia siguiente regresó asímismo el primer batallon de Cuba, escoltando un convoy de 200 enfermos, y el dia 20 llegó igualmente la primera brigada, y los tres batallones que la constituian fueron embarcados en tres buques de guerra ingleses, que fueron ofrecidos generosamente al conde de Reus por los representantes de aquella nacion.

En los dias siguientes fueron llegando á la citada plaza de Veracruz las demás fuerzas del ejército español, que con su general en jefe fueron igualmente embarcadas para el puerto de la Habana, habiendo ya antes salido para las islas Bermudas las tropas de la nacion británica.

CAPÍTULO III.

Acta levantada en Orizaba, reconociendo al general Almonte como jefe superior de la República.—Disposiciones tomadas por el legítimo Gobierno de Méjico. — Actitud de los mejicanos. — Primer encuentro de las tropas enemigas en las Cumbres de Acultzingo. — Las fuerzas mejicanas se retiran sobre Puebla.—Batalla sangrienta ante los muros de esta ciudad.—Victoria alcanzada por los mejicanos.

I.

El deber de los representantes de Inglaterra y España, despues del resultado nada satisfactorio de las célebres conferencias de Orizaba, no era otro que el de apartarse del territorio de Méjico, protestando contra la conducta de los comisarios franceses, y dejando á éstos toda la responsabilidad de los grandes males que á su vano empeño habian de seguirse. El sacrificio de los plenipotenciarios inglés y español al decidirse por esta última resolucion, fácil es conocer que debió ser grande, y que sólo pudieron abrazarlo, aconsejados por una moderacion y prudencia que no siempre encontraríamos, en análogas circunstancias, en hombres del temple y enérgico carácter del general Prim y sir Cárlos Lennox Wyke. La Europa y el mundo entero saludaron con júbilo la conducta de estos dos representantes, al abandonar por completo el país mejicano, mientras que de todas partes se lanzaban terribles acusaciones contra los ministros de Francia y contra el déspota y ambicioso monarca de aquel imperio.

Libres los plenipotenciarios de Napoleon III de la influencia de sus antiguos aliados, dieron comienzo á la obra funesta que hoy pesa como una plancha de candente hierro sobre la cabeza del César francés. El 20 de Abril levantaban los comisarios franceses un acta en la ciudad de Orizaba, que merece por su importancia darla á conocer íntegra en este lugar.

«Reunidos,—dice el acta á que nos referimos,—en la ciudad de Orizaba los señores jefes, oficiales y vecinos que suscriben esta acta, teniendo á la vista las proclamas que se publicaron en la ciudad de Córdoba, por el excelentísimo señor general en jefe de las fuerzas francesas y benemérito general don Juan Nepomuceno Almonte, por las cuales se vé que ningun peligro corre la independencia de nuestra amada patria, como los enemigos del órden han querido hacer creer, sino que antes bien se asegura con la cooperacion de las fuerzas francesas que facilitan igualmente el establecimiento de un Gobierno de órden y de moralidad, resolvieron adoptar el siguiente programa político:

1.° »Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República D. Benito Juarez.

2.° »Se reconoce al Excmo. señor general D. Juan N. Almonte como jefe supremo de

ella y de las fuerzas que se adhieran á este plan.

3.° »Dicho Excmo. señor general, queda facultado ámpliamente para entrar en un avenimiento con los jefes de las fuerzas aliadas, que actualmente se hallen en el territorio de la República, y para convocar una Asamblea nacional, que tomando en consideracion la deplorable situacion en que se encuentra el país, declare la forma de gobierno que sea más conveniente establecer en él, para cortar de raíz la anarquía y proporcionar á los mejicanos la paz y el órden que hace tanto tiempo desean, á fin de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

4.° »Se pondrá en conocimiento del excelentísimo señor general D. Juan N. Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo tiempo la entera fé que abrigan los que suscriben, de que S. E. no negará en tan solemne ocasion sus servicios á la patria, que hoy más que nunca los há menester con urjencia.

»Y habiéndose ratificado en los dichos artículos, firmaron esta acta, acordando pase una comision nombrada del seno de esta reunion, á ponerla en conocimiento del excelentísimo señor general en jefe de las tropas francesas, conde de Lorencez.»

Al mismo tiempo que se levantaba esta acta en Orizaba, los agentes del general Almonte levantaban otras con el mismo objeto en Córdoba, Chiquihuite y algunos otros puntos, creyendo con esto atraer á su causa al ejército y al país.

El general mejicano D. Antonio Taboada daba igualmente un manifiesto á los cordobeses, aconsejándoles su adhesion á los planes del protejido de las armas francesas.

«Abandonada esta ciudad,—decia el general Taboada,—por las autoridades encargadas de su custodia, y habiendo quedado espuesta á todos los contratiempos que son consiguientes á una situacion peligrosa, el general en jefe del ejército conservador del órden público y de las garantías nacionales, se ha servido encargarme de los mandos político y militar de esta poblacion.

»Revestido con este doble encargo, no es otro mi deber que sostener en general la causa de la nacion, y en particular atender á los intereses de esta poblacion para que todos sus habitantes vivan tranquilos, y en el pleno ejercicio de sus legítimos derechos. Nadie sino el verdaderamente criminal, el que tienda á perturbar el órden, tiene que temer la accion de la autoridad. Moderacion y justicia para todos, serán los principios que normen mi conducta mientras tenga el honor de estar al frente de una poblacion tan ilustrada como la cordobesa. La conducta que me vereis seguir, es la mejor garantía que os podré dar de la verdad de mis sentimientos y de mis rectas intenciones.

»Cordobeses: Entregáos á vuestras pacíficas ocupaciones, seguros que desde hoy comenzareis á disfrutar de los beneficios de una época de moralidad y de garantías sociales. No temais por lo mismo venganza y persecuciones; no temais el ser arrancados de vuestros hogares para ocuparos contra vuestra voluntad en el servicio de las armas; no temais, en suma, que en mi tiempo se repitan las vejaciones y los ultrajes de que habeis sido víctimas en los desgraciados tiempos que han pasado.

»Conociendo vuestra ilustracion y vuestras virtudes, yo espero de vosotros que prestareis vuestra cooperacion, para consolidar la paz y el bien público, á vuestro mejor amigo.»

En iguales ó parecidos términos se espresaba en otro manifiesto que dirijia á sus compañeros de armas el general D. José María Galvez, quien poco antes defendia el Gobierno del presidente Juarez.

«Vosotros,—decia aquel general,—conoceis mis profundos principios y convicciones, y testigos habeis sido de mis esfuerzos por sostener y hacer triunfar la causa de la sociedad, herida de muerte por los tiros de la demagogia. Luchando contra ella aparecieron las fuerzas aliadas en nuestro territorio, y creí entónces que era un deber de todo mejicano prescindir de todas nuestras disensiones domésticas, para sostener la independencia nacional que se nos hizo creer amenazada. Desengañado por el curso de los sucesos y la evidencia de los hechos, de que la independencia no corre ningun peligro, sino que antes bien adquiere robustez y dignidad por la noble cooperacion de las armas francesas, fácil me ha sido volverme con vosotros á nuestra antigua bandera, para que, siguiendo las huellas del ilustre y patricio general Almonte, facilitemos el triunfo de nuestros principios y abreviemos la época de la paz y de las glorias nacionales.

»Camaradas: En el nombre del digno general que hoy proclamamos por caudillo, existe un programa en el que están inscritas las ideas de amor á la patria, justicia y moderacion; sean estos vuestros sentimientos, y cuando alcancemos la victoria, seremos bendecidos de todos los pueblos.»

Con estas alocuciones y con estas halagüeñas y seductoras promesas, iban haciendo algunos prosélitos los pocos partidarios con que contaba en Méjico la causa de la reaccion, apoyada entónces por las bayonetas de Napoleon III.

II.

Veamos cuáles eran las disposiciones y la actitud que tomaron en la capital de la República, los defensores de la libertad é independencia de la nacion mejicana.

La fé y entusiasmo que el presidente Juarez tenía en la causa que há tantos años venía defendiendo en Méjico, no le hacian temer que el ejército invasor se acercára hasta las puertas de la capital de sus Estados. En Méjico, y entre Perote y Cañada de Ixtapa, tenía distribuidos el valeroso presidente unos ocho mil hombres, tres mil de los cuales se hallaban en la capital, para sofocar cualesquiera conatos revolucionarios que allí pudieran presentarse, y los cinco mil restantes en las poblaciones anteriormente citadas. Esquivando estos últimos el encuentro con el ejército francés que sin ser molestado se dirijia hácia la ciudad de Méjico, y temerosos de que por retaguardia les cortase la retirada la division conservadora de Marquez, que se aproximaba á ponerse á las órdenes del general Almonte, á quien habia reconocido por su general en jefe y jefe supremo de la nacion, aquella parte del ejército juarista se dirijió precipitadamente hácia Tehuacan, punto seguro y en estremo á propósito para favorecer los planes que se proponia el presidente Juarez.

Al mismo tiempo, y obedeciendo las órdenes de éste, se iban replegando sobre la capital de la República y la ciudad de Puebla las divisiones de los generales Zaragoza, Negrete, Arteaga y algunos otros, en cuyos alrededores debia reunirse la mayor parte de las fuerzas, ya para resistir la entrada del ejército francés en Méjico, ya para servir de salvaguardia al legítimo Gobierno de la República.

El célebre general D. Anastasio Parrodi, que ya en otras ocasiones habia mostrado un valor y una instruccion que le colocaban á la altura de los primeros generales de la República, fué nombrado general en jefe del ejército de reserva, al mismo tiempo que el Gobierno supremo autorizaba igualmente á varios entusiastas patriotas para formar guerrillas, que en todas partes hostilizáran al ejército invasor y á los traidores mejicanos que se acojiesen á su bandera.

El mismo supremo Gobierno organizaba una Junta presidida por D. Gregorio Mier y Terán, y á la cual pertenecian los ricos propietarios de aquel país D. Mariano Riva Palacio, D. Antonio Echevarría, D. Manuel Escandon, D. José Joaquin de Rosas y don Manuel Martinez de la Torre, con el fin de proporcionar recursos de una manera equitativa y justa entre todas las clases de la sociedad mejicana, para el sostenimiento y defensa de la patria.

El entendido y esforzado gobernador del Estado de Zacatecas, general Gonzalez Ortega, tan luego como tuvo noticia de la ruptura de los preliminares de la Soledad y de la actitud guerrera del ejército francés, dictó las órdenes oportunas para que se pusieran en marcha inmediatamente hácia la capital seis mil hombres bien armados y municionados, con que el Estado de su nombre contribuia para rechazar al enemigo estranjero.

Protestas solemnes y llenas de indignacion y de ira, dirijian entretanto los ayuntamientos de Veracruz y otras poblaciones contra la traicion de Almonte, y contra los falsos asertos de los comisarios franceses, invitando á los pueblos con entusiastas alocuciones á defender sus derechos por todos los medios que estuvieran á su alcance, hasta consumir todas sus haciendas y sucumbir combatiendo.

A la nota que los comisarios franceses di-

rijieron al ministro de Relaciones esteriores, protestando contra el tratado que se decia habia concluido el Gobierno mejicano con un Gobierno estranjero, segun el cual aquel vendia, cedia, enajenaba ó hipotecaba á favor de éste una parte de terreno, propiedades ó rentas del Estado, en cambio de un préstamo de cierta cantidad de dinero, el encargado *ad interim* del citado ministerio D. Jesús Terán, contestaba de una manera noble y enérgica á los plenipotenciarios del imperio.

«Como el Gobierno de la República,—decia este ministro,—no reconoce derecho en los comisarios de oponerse á los tratados que celebre con cualquiera potencia, respetando los compromisos que con sus legítimos deudores tenga contraidos, el infrascrito se limita á acusarles recibo de la protesta que en dicha nota hacen contra todo tratado que Méjico haya celebrado ó celebre con cualquier Gobierno estranjero, vendiéndole, cediéndole, enajenándole ó hipotecándole el todo ó parte de los terrenos, propiedades ó rentas de la nacion.

»El infrascrito añadirá únicamente, por órden del ciudadano presidente, que la protesta de los señores comisarios no le impedirá celebrar los tratados ó convenciones á que se refiere, siempre que lo juzgue conveniente y quepa en sus facultades, por usar en ello de un derecho inherente á la soberanía é independencia de la misma.»

Multitud de atropellos y crueldades sin cuento cometidos por los soldados franceses, exaltaban más y más el ánimo de los mejicanos, quienes en su mayor parte llegaron hasta creer que se les preparaba una segunda conquista de Hernan Cortés, ante cuya idea no podian ménos de mirar con espanto é indignacion profunda á las tropas de Napoleon III. Entre otras arbitrariedades cometidas por aquellos en el pueblo de la Soledad, cítase la siguiente, que indignó, como es natural, á cuantos de ella tuvieron conocimiento.

Desaparecieron de esta poblacion un caballo y una mula, pertenecientes á la division francesa, por lo cual un coronel de estado mayor, redujo á prision al alcalde y á otros habitantes de la Soledad, amenazando al primero con fusilarlo, si dentro del corto término que le habia señalado, no parecian las bestias que suponia habian sido robadas.

El amenazado alcalde y cuantos se interesaban por la vida de aquel honrado é inocente ciudadano, no descansaron hasta encontrar las bestias perdidas, que fueron presentadas al amable coronel, con gran contentamiento de los habitantes de la Soledad. El jefe francés no se dió por satisfecho con que las bestias hubiesen parecido, y exijió además seiscientos pesos de multa, amenazando al alcalde con la pena capital si no eran entregados inmediatamente.

Careciendo de esta cantidad el maltratado jefe del municipio de la Soledad, y viendo que el coronel francés se preparaba á cumplir su inhumana y bárbara promesa, los vecinos de aquel pueblo reunieron los 600 pesos que fueron entregados al exijente y árbitro juez invasor de la Soledad, salvándose con este rasgo noble y generoso de los mejicanos, la vida del inocente y maltratado alcalde.

III.

Acordada por los plenipotenciarios franceses la intervencion á mano armada en los asuntos de Méjico, hasta llevar á cabo los pensamientos monárquicos que respecto á este país abrigaba Napoleon III, el general Lorencez, á quien habia hecho entrega del mando de la espedicion francesa el vicealmirante Jurien de la Graviére, emprendió resueltamente su marcha hácia la capital de la República, el 27 de Abril de 1862.

Noticioso el general Zaragoza de que el ejército francés se dirijia hácia Méjico, reunió en las Cumbres de Acultzingo, vasta cadena de montañas que corta á Méjico en toda su estension, cinco mil hombres, doscientos caballos y algunas piezas de artillería, y se propuso hacer frente desde aquel punto al ejército del general francés.

Apénas éste se presentó en el lugar citado, los mejicanos que habian ocupado las mejores posiciones que aquel lugar ofrecia, cayeron con gran valor y denuedo sobre las fuerzas invasoras, trabándose una sangrienta y encarnizada lucha que dejó en el campo unos ochenta mejicanos y otros tantos franceses, contándose entre estos últimos el doctor Michaud, célebre médico francés, y el

cura Ribains, capellan mayor del cuerpo espedicionario, que habia ya hecho las campañas de Crimea, del Báltico y de Italia. De los mejicanos salió gravemente herido el valiente general Arteaga, haciéndose necesaria la amputacion de una pierna.

El resultado de este primero y sangriento combate entre franceses y mejicanos, fué en un tanto favorable á los primeros, los cuales hicieron desalojar de sus posiciones al enemigo, ocupándolas el general Lorencez con los zuavos, el primer batallon de cazadores de infantería, el escuadron de cazadores de Africa, y el batallon de fusileros de marina.

El ejército francés continuó su marcha sin grandes contrariedades hasta Cañada de Ixtapa ó Morelia, aldea situada al otro lado de las Cumbres, dirijiéndose el 30 de Abril hácia San Agustin del Palomar, pequeña aldea situada en el punto de confluencia de los caminos de Orizaba á Méjico y de Orizaba á Tehuacan.

Las tropas del general Zaragoza creyeron prudente concentrarse en la ciudad de Puebla, adonde llegaron el dia 3 de Mayo, siguiéndolas el enemigo á la distancia de una jornada. El general mejicano dió las órdenes oportunas para que inmediatamente se pusieran en estado de defensa los cerros de Guadalupe y Loreto, haciendo activar á la vez las fortificaciones de la plaza, que habian estado hasta entónces bastante descuidadas.

Al amanecer del dia 4, segun partes del general Zaragoza, se le dieron órdenes al general D. Miguel Negrete para que con la segunda division de su mando, compuesta de 1.200 hombres, ocupára los espresados cerros de Loreto y Guadalupe, los cuales fueron artillados con dos baterías de batalla y montaña. En el mismo dia se formaron, de las brigadas Berriozábal, Diaz y Lamadrid, tres columnas de ataque, compuestas, la primera, de 1.082 hombres; la segunda, de 1.000, y la tercera, de 1.020; y además, una columna de caballería con 500 caballos, que mandaba el general Antonio Alvarez, designando para su dotacion una batería de batalla.

Entretanto que estas medidas se tomaban en Puebla, las fuerzas francesas se encontraban en Amozoc, lugar situado á muy pocas horas de la ciudad referida.

A las diez de la mañana del siguiente dia, el ejército de Lorencez se avistó con el de Zaragoza, dirijiendo sus columnas de ataque, una hácia el cerro de Guadalupe, compuesta de unos 4.000 hombres con dos baterías; y otra pequeña de 1.000, amagando el frente de las fuerzas mejicanas.

No habia previsto el general Zaragoza este ataque del enemigo, porque se necesitaba un arrojo y valentía estraordinarios en el que lo intentára; y en este caso, vióse obligado el general mejicano á cambiar su plan de maniobras, y formar el de defensa; mandando al efecto que la brigada Berriozábal, reforzára á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo fuera á ocupar la izquierda de aquellos, para que cargára en el momento oportuno. Iguales órdenes fueron comunicadas al batallon Reforma, de la brigada de Lamadrid.

Decididos los franceses á no detenerse en su marcha hasta ocupar las cumbres del cerro de Loreto, se dirijieron hácia un pequeño barrio que se encuentra á las faldas de este cerro, en el momento en que llegaba al mismo punto un batallon de zapadores de la brigada de Lamadrid, el cual trabó con una columna del enemigo un combate personal y sangriento.

El valor que los franceses mostraron en aquel encuentro, no desmintió el glorioso nombre que han sabido conquistarse en todas partes los soldados de Napoleon. Por tres veces cargaron furiosamente contra los mejicanos, aunque sin resultado alguno favorable; y hubieran continuado sus valerosos ataques, si la caballería enemiga, que se encontraba situada á la izquierda de Loreto, no se hubiera precipitado bizarramente sobre ellos, dejándoles en el campo multitud de cadáveres y dispersando á los pocos que sobrevivieron.

Al mismo tiempo que este combate tenía lugar en el cerro de Loreto, se daba otro no ménos sangriento en la llanura de la derecha, que formaba el frente de las tropas de Zaragoza. Dos cuerpos de la brigada del general Diaz, uno de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y una gran parte de la brigada de Alvarez, rechazaron á la columna enemiga que pretendia avanzar sobre las posiciones de los mejicanos, obligándola á